CONEJO DE MIEL, MI BABY CHICA. DULCE
CHOCOLATE. ¿DONDE ESTAN TUS OJOS
DE DIAMANTE? TU ESTAS EN MI CADA
DÍA CHICA. CADA DÍA, CADA DÍA PIENSO
EN TU GRAN SONRISA. OH! QUERIDA,
OH! QUERIDA, NO TE PUEDO DEJAR IR
MARAVILLADA DE TI MARAVILLADA CADA
DÍA. Y QUERIDA PUEDO VERTE. CUANDO
CIERRO MIS OJOS Y ENTONCES EN MIS
SUEÑOS SOLO TU ESTAS. QUERIDA, RE
CUERDO LOS DIAS JUNTO A TI, Y LOS LUGARES
FELICES DONDE PUDIMOS SER. SOMOS SOÑA
DORAS EN BONITOS COLORES. COMO NI
NAS, SOÑADORAS EN EL AGUA.
CON LOS SUEÑOS
BONITOS
COLORES
Y LOS
COLORES
SON CO
MO EL
VERANO.
CONEJO
DE MIEL
MI BABY
CHICA. DUL
CE CHICA
CORAZÓN D
E CHOCOLA
TE. ¿DÓN
DE ESTAN
TUS OJOS
DE DIAMA
NTE? TU
ESTAS EN
MI CADA
DIA CHI
CA. CADA
DIA, CADA
DÍA PIEN
SO EN TU
GRAN SON

OH,
QUE
RIDA
NO TE
PUEDO D
EJAR IR.
MARAVILLA
DA DE TI
MARAVI
LLADA CA
DA DIA. Y
QUERIDA P
UEDO VER
TE. CUAN
DO CIERRO
MIS OJOS
Y ENTON
CES EN

La Atlántida en América: *ideología de un mito*

(siglos XVI y XVII)

JOSÉ FRANCISCO ROBLES

A mi gran amigo Ricardo Monsalve C.,
recuperador de mundos perdidos.

Desde las lecturas del *Timeo* y *Critias* de Platón, efectuadas por numerosísimos cronistas de Indias, nace una cardinal descripción que, muchas veces, se esfuerza por brindar una existencia temprana a nuestro continente en la tradición occidental, como forma de contrarrestar la sorpresiva contradicción cultural que encierra la aparición de un nuevo espacio en la expresión física y política del mundo conocido hasta ese momento. Por esta razón, el mito de la Atlántida permite establecer un puente que se extiende entre dos tierras que hasta el descubrimiento e invasión europeos habían estado distanciadas. La aparición del mito atlántico como explicación de América en los siglos XVI y XVII, cobra inicialmente dos aspectos importantes para nuestra tierra: el origen de la población indígena y la problemática escrituraria y mnemotécnica del "Nuevo Mundo".

JOE QUÉ LINDOS OJOS TIENES / GRAFITO, ACRÍLICO Y HOJA DE ORO SOBRE PAPEL / 13 X 21.5 CM

Pero más allá de sólo dar un recorrido o revisión a las explicaciones y visiones del poblamiento americano bajo el mito atlántico, lo que nos convoca señalar en este trabajo son algunas de las problemáticas ideológicas que se desprenden de dichos intentos por elucidarlo. Asimismo, temáticas como la memoria y el conocimiento perdidos cuya causa sería la inexistencia de una escritura indígena, se presentan a partir de este mito en algunos discursos que revisaremos.

Existen numerosos textos entre estos siglos que revisitan la fuente platónica para adherir o no a la teoría atlántica sobre América al iniciar la historia "oficial" de la región. Desde posturas contrarias que explican que América es la zona "no hundida" del neptúnico continente, a las querellas de "fabulación" con las que tachan la validez de los aludidos diálogos de Platón, muchos cronistas hispánicos y escritores extrapeninsulares transitan por la tradición clásica antes de plantear sus propias conjeturas sobre el origen del hombre y cultura americanos.

Una primera e ingeniosa visión de la relación entre Atlántida y América nos la entrega el famoso navegante y astrólogo Pedro Sarmiento de Gamboa. Es este gallego el que formula con mayor fuerza la coincidencia entre nuestro continente y la Atlántida, comprobando con proporciones y medidas las palabras expresadas por el "divino" Platón en ambos diálogos referidos[1]. Es impresionante la seguridad con que Sarmiento de Gamboa, impulsor, además, del poblamiento europeo del Estrecho de Magallanes, iguala los territorios de la mítica Atlántida con América:

> La quinta parte se llama, ó llamó, la isla Atlántica, tan famosa como grande, y en cuantidad excedía a todas las demás dichas, a cada una por sí, y aun a algunas juntas de las mayores. Los pobladores de la cual y su descripción pondré, porque esta es la tierra, o alomenos parte della, destas Occidentales Indias de Castilla. ([1572], 1942: 36)

Sin embargo, este cosmógrafo no deja ahí su discurso, al contrario: sigue adelante con una osada propuesta de poblamiento de las tierras americanas, un poco al estilo que veremos en Acosta, pero con su acostumbrado sincretismo entre gentilidad y cristianismo que bien le costaría a lo largo de su vida, y por otras razones, a lo menos tres persecuciones y juicios por el Santo Oficio:

> [...] ¿La cual, quién duda, que, estando tan cerca de España, que según fama común Cáliz solía estar tan junta con la tierra firme por la parte del puerto de Santa María, que con una tabla atravesaban como por puente de la isla a España, sino que sería poblada aquella tierra de los pobladores de España, Tubar y sus descendientes, y también de los pobladores de África, cuya vecina era? Y hace a fe a esto, llamarse la isla Atlántica, que fué poblada por Atlas, gigante y sapientísimo astrólogo, el cual pobló primero a Mauritania, que hoy es llamada Berbería, según Godefrido y todas las crónicas lo enseñan. Así fué Atlas hijo de Iafet y de la ninfa Asia, nieto de Noé. Y porque desto no hay más autoridad de la dicha y se ha de corroborar con la del divino Platón, como arriba quedó empezado a tratar, será necesario ayudarme dél para dar al lector scriptura que merezca crédito de los pobladores desta isla Atlántica. (42-43)

[1] Me permito este extenso pie de página para graficar la magnitud de la proposición de Sarmiento de Gamboa: "[...] Dice Platón quel sitio desta isla se extendía al austro, opuesto a bóreas. De aquí entenderemos, que, siendo la frente desta isla que era cotérmina con España, desde el estrecho de Gibraltar hasta Cáliz [Cádiz] se iba extendiendo hacia el poniente, haciendo arco sobre la costa de Berbería ó África, muy cerca della, entre el poniente y el austro, que es lo que los mareantes llaman sudueste. Porque, si estaba opuesto a bóreas, que es entre el levante y septentrión, llamado nordeste, necesariamente había de ser su sitio el dicho sudueste y oessudueste y susudueste; y cogía e incorporaba en sí las islas Canarias, las cuales según esto fueron partes della; y desde aquí seguí la dicha tierra por el sudueste. Y por cuanto dice al austro, se extendería algo más al sur susudueste; y final seguía por el camino, que hacemos a las Indias cuando venimos de España, y se juntaba y era una cosa continente y tierra firme con estas Indias Occidentales de Castilla, juntándose con ellas por las partes que demoran al sudueste y oessudueste, ó poco más ó menos, de las Canarias, de manera que quedaba mar a una mano y a otra desta tierra, digo al norte y al sur de sus costas, y que se juntase con esta tierra y fuese toda una. Pruébolo de lo de arriba, porque, si la isla Atlántica tenía la longitud 2300 leguas, y desde Cáliz hasta la costa del río Marañón y de Orellana y Trenidad, ó costa del Brasil, no hay más de 1000, ó 900, ó 1100 leguas, que son las partes por donde esta tierra se juntaba con la América, claro paresce, que, para cumplir la suma de la resta, para el cumplimiento de las 2300, habemos de meter en la cuenta todo lo demás que hay de tierra desde la costa del Marañón y Brasil hasta la Mar del Sur, que es lo que agora llaman América, y conforme al rumbo va a salir a Coquimbo; que contando lo que falta viene a ser dicha suma, y aun mucho menos de las 2300 leguas. Y midiendo el circuito, o boj, tenía la isla más de 7100 leguas de boj, porque otras tantas son las que tienen Asia y África de boj por sus costas. Y si la tierra que he dicho estaba junta con esta, como en efecto lo estaba conforme a lo dicho, había de tener mucho más, porque aun agora estas partes de Indias Occidentales tienen medidas por compás y altura más de 7100 leguas. Luego quede de aquí averiguado que las Indias de Castilla fueron continentes con la isla Atlántica y por el consiguiente la misma isla Atlántica, la cual procedía de Cáliz y venía por el mar que venimos a las Indias, al cual todos cosmógrafos llaman mar Océano Atlántico, por haber sido en él la isla Atlántica. Y así navegamos agora por donde antiguamente fue tierra. El fin y extremo suceso en suma contaremos, poniendo primero la descripción del orbe de aquel tiempo y los pobladores della". Pedro Sarmiento de Gamboa [1572], *Historia de los Incas*, Buenos Aires, Emecé, 1942, pp. 39-40. Este texto de Sarmiento de Gamboa también es famosamente conocido como *Historia Índica*.

No haría entonces la España imperial —siguiendo la lógica de Sarmiento— sino repetir la original historia del poblamiento americano otorgándole el derecho casi natural a volver sobre los propios dominios antaño ocupados, amparado en la autoridad platónica. Tal vez baste recordar (para confirmar la declaración del navegante) uno de los objetivos para los cuales fue escrita su *Historia Índica* (1572): legitimar la labor imperial española sobre la tierra incásica, a partir de la distorsión de fuentes orales de las que se sirve para elaborar dicho texto, libelo acusatorio de prácticas bárbaras e idolátricas por los indios del Perú. De todas formas, algunas analogías sincréticas con que posibilita y brinda un carácter genealógico bíblico a estas tierras recién asomadas a los ojos de Occidente, podemos encontrarlas alrededor de cien años más tarde en escritores ya criollos, como el caso de Sigüenza que luego estudiaremos.

Una segunda visión a la cual dedicaremos una mayor atención pertenece a Joseph de Acosta en su famosísima *Historia natural y moral de las Indias* (1590). Cuando ya ha cerrado su discusión frente a la autoridad aristotélica y platónica referida a la geografía física y natural del mundo, Acosta inicia su cuestionamiento sobre algunas teorías del poblamiento americano. Para Acosta el hombre llega a partir de dos posibilidades a nuestro continente: el naufragio o la continuación territorial entre América y el *orbis terrarum*[2], siendo esto último para él lo más probable:

> Y por decir mi opinión, tengo para mí días ha, que la una tierra y la otra en alguna parte se juntan y continúan o a lo menos se avecinan y allegan mucho (...) Si esto es verdad como en efecto me lo parece, fácil respuesta tiene la duda tan difícil que habíamos propuesto, cómo pasaron a las Indias los primeros pobladores de ellas, porque se ha de decir que pasaron no tanto navegando por mar como caminando por tierra. Y ese camino lo hicieron muy sin pensar mudando sitios y tierras su poco a poco, y unos poblando las ya halladas, otros buscando otras de nuevo, vinieron por discurso de tiempo a henchir las tierras de Indias de tantas naciones y gentes y lenguas. (Acosta, 1590. Libro I, cap. XX: 56)

Con esta explicación Acosta refuta a algunos cronistas para quienes europeos y africanos pasaron a las Indias a través de la Atlántida por ser dicha isla, en palabras de Acosta, un "cuento" para "muchachos y viejas":

> Yo, por decir verdad, no tengo tanta reverencia a Platón, por más que le llamen divino, ni aun se me hace muy difícil de creer que pudo contar todo aquel cuento de la isla Atlántida por verdadera historia, y pudo ser con todo eso muy fina fábula (Libro I, cap. XXII: 61).

Más adelante también rebate Acosta la teoría sobre la descendencia de los indios americanos de alguna tribu de Israel. Su argumento es el siguiente: los hebreos tienen letras, los indios no poseen rastros de ellas (Libro I, cap. XXIII: 62). Este eurocéntrico argumento de la inexistencia de escritura por parte de los indios americanos, especial hincapié que juzgan los cronistas españoles como una de las fundamentales diferenciaciones —y todo lo que ello implica— entre ambas culturas, se ejercerá en la práctica colonizadora como sometimiento y expropiación territorial a los indios sustraídos del concepto de *razón* ligado a la escritura y, por lo mismo, alejados de ejercer un *dominio* jurídico sobre sus tierras[3]; esta ausencia racional y escritural está subrepticiamente unida a una ideologización del mito atlántico, aunque este mito no esté presente en Acosta. Por ello no sólo debemos recordar el *Timeo* platónico como el diálogo donde se propone la antigua existencia de un continente desaparecido por un cataclismo, sino por la relevancia que tiene en la postura cosmológica frente al concepto de Razón: el mundo creado por la Razón es inmutable y ella nunca puede habitar en algo que no tenga alma[4]. En Occidente la escritura actúa como soporte oficial-judicial de dicha Razón, de la historia y el conocimiento cosmológico sobre el universo, y todas sus implicancias dentro del

[2] Cf. Acosta [1590] Libro I, cap. XIX: 54. Llama la atención la postura crítica (y escéptica) de Acosta al momento de enfrentarse a las antedichas autoridades helénicas. Incluso descalifica para el caso de América la teoría agustina, el cual plantea que el poblamiento de muchas tierras desconocidas del orbe antiguo fueron pobladas "a nado" en épocas anteriores. Esta vaga explicación complica a Acosta, para quien el hombre llega a nuestro continente a partir de las dos posibilidades que él expone.

[3] Una muestra de la discusión de estos conceptos al interior de la propia Iglesia, son los trabajados en el clásico libro de Silvio Zavala (1984). *Filosofía de la conquista*. México: Fondo de Cultura Económica. Cap. II "Cristiandad e infieles" (23-39).

[4] Platón, Timeo, en *Diálogos VI. Filebo-Timeo-Critias*. Madrid: Gredos, 1992 (29a-b). A esta tradición racional echan mano los discursos de Sepúlveda y otros enfrentados a la postura humanitaria de Vitoria y Las Casas. Cf. Zavala (1984)

campo del desarrollo social humano que hace del hombre un "Hombre con mayúscula", si queremos recordar las palabras de Leopoldo Zea (cf. 1969).

A pesar de esta supersticiosa creencia en la exclusividad occidental de la Razón, lo importante a rescatar de la visión de Acosta es la que pretende como doble finalidad de su historia: descreer al mundo de que los indios son irracionales y regirlos por sus propias leyes, siempre que éstas no contradigan la ley de la Iglesia (Acosta [1590] Libro VI, cap. I: 281). Aunque Acosta niegue una escritura a la altura de la occidental (ya que a los mexicas les concede cierto sistema sígnico), jamás deja de alabar los propios sistemas mnemotécnicos —especialmente mexicas— teniendo por ello un importante potencial para ser evangelizados, "letrados" e integrados a la verdadera religión, cuestión que no podía ser de otra manera si el clero quería contar con argumentos reales para permanecer en América y llevar a cabo su trascendental labor política en nuestro continente:

> Aunque tenían muchas cosas de bárbaros y sin fundamento, pero habían también otras muchas dignas de admiración, por las cuales se deja bien comprender que tienen natural capacidad para ser bien enseñados, y aún en gran parte hacen ventaja a muchas de nuestras repúblicas [...] (Acosta, 1590. Libro VI, cap. I: 281).

Resumiendo, tal como la tierra americana es vista como "vacía" y luego poblada alóctonamente, ya sea a través de la Atlántida o la continuación territorial con África como sostiene Acosta, los indios "de natural capacidad para ser bien enseñados" son vistos como una página en blanco a llenar de Razón por los advenedizos conquistadores y evangelizadores en este "Nuevo Mundo". Con Acosta podemos enmarcar el momento del poblamiento americano como un hecho fortuito, pero que en este segundo "poblamiento" cultural no puede ser dejado al simple azar o a la guerra de exterminio, sino que se debe ayudar al "buen gobierno" de estos indios y encaminarlos al conocimiento de Dios. Acosta, bajo su erudita memoria y comedimiento para con el Génesis de las Sagradas Escrituras y su intento por unirlas a un ejercicio volitivamente científico, no podría reconocer la existencia previa o atlántica de hombres en estas tierras si no es a través de su teoría de la continuación territorial apoyada en el carácter universal del diluvio bíblico: Dios no podía desconocer que había "otro" mundo y otros hombres[5].

La tercera visión a revisar es la de Carlos de Sigüenza y Góngora en su *Teatro de virtudes políticas que constituyen a un príncipe*, cuyo encabezado del preludio III de este arco de triunfo por la llegada del nuevo virrey de México, dice así: "Neptuno no es fingido dios de la gentilidad sino hijo de Misraím, nieto de Cam, bisnieto de Noé y progenitor de los indios occidentales". Si bien Sigüenza se sirve de todo un aparato retórico-político para poner subversivamente (o digámoslo "criollamente" subversivo) de modelo al virrey

191106 / ÓLEO SOBRE TELA / 15 X 15 CM

[5] El sacerdote jesuita también recoge de los relatos del Tawantinsuyu el mismo motivo del diluvio universal que encontramos en la Biblia, con la diferencia que los del Perú se protegieron escondidos en cuevas, cuestión que los "emparienta" (según Acosta) curiosamente con la denominación que los mexicas dan a su pueblo original, Chicunmuitotlec, que significa "siete cuevas". Véase donde se relata este mismo pasaje por Martín de Murúa (1992). *Historia General del Perú. De los orígenes hasta el último Inca* (1606-1611). Madrid: Cambio 16, cap. II (Selección).

la vida y obra de los reyes aztecas, debemos subrayar el uso bibliográfico con que sostiene dichas afirmaciones que enaltecen la doble herencia del criollo americano o mexicano para este caso. Varios autores sirven de apoyo ante tamañas afirmaciones[6] y para uno de los últimos párrafos con que remata dicho preludio:

> Que de la Atlántica saliesen colonias para poblar otras islas consta del mismo Platón: "Todos éstos (habla de los hijos de Neptuno) y su posteridad vivieron allí muchos siglos, dominando otras muchas islas del mar". Y que se extendiesen hasta Egipto consta de lo subsecuente inmediato: "también de aquellos hasta Egipto, etc.", con que se fortalece mi conjetura de la similitud (que bien pudiera decir identidad) que los indios, y con especialidad los mexicanos, tienen con los egipcios, descendiendo de Misraím, poblador de Egipto, por la línea Nephthuim. Luego, si de la Atlántica, que gobernaba Neptuno, pasaron gentes a poblar estas provincias, como quieren los autores que expresé arriba, ¿quién dudará el que de tener a Neptuno por su progenitor sus primitivos habitadores los toltecas, de donde dimanaron los mexicanos, cuando en sumo grado convienen con los *egipcios*, de quienes descendieron los que poblaron la Atlántica? (Sigüenza, 1984: 183)

Esta especial relación con que Sigüenza postula una tercera visión, la ascendencia egipcia del pueblo indígena mexicano, adquiere un tinte especial cuando retornamos a unos párrafos anteriores al citado, donde hace una comparación entre mexicanos y egipcios: "de que dan luces las historias antiquísimas originales de aquellos que poseo y que se corrobora con lo común de los trajes y sacrificios, forma del año y disposición de su calendario, modo de expresar sus conceptos por jeroglíficos y por símbolos, fábrica de sus templos, gobierno político y otras cosas" (181). Sigüenza al destacar el uso jeroglífico como expresión conceptual común a ambos pueblos, sienta una nueva argumentación que relaciona Atlántida y América. A partir de esto, recordemos aquel fragmento del *Timeo* en el cual el sacerdote egipcio se refiere al clima y su importancia en la conservación de la memoria: Egipto puede recordar lo que Atenas no sabe de su primera edad, debido a que nunca allí llueve y, "por ello se dice que lo que aquí se conserva es lo más antiguo" (Platón: 22e). La lluvia o los constantes diluvios a los que hace alusión el sacerdote egipcio ante un atónito Solón —que al parecer sólo conocía el de Deucalión y Pirra[7]—, van borrando la memoria de los pueblos "como una enfermedad, un torrente celestial que deja sólo a los iletrados e in-

[6] Para revisar las obras de estos autores citados por Sigüenza como Gregorio García, Zárate y Gómara, el artículo de Tord ofrece un breve recorrido por el pensamiento sobre este tema de cada uno de estos, más otros que él suma a su lectura. Cf. Luis Enrique Tord, "Platón, la Atlántida y los cronistas del Perú", en Teodoro Hampe Martínez (compilador) (1999). *La tradición clásica en el Perú virreinal*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 35-46.

[7] Para Platón en el Critias, existen dos diluvios en la Atenas, el de Deucalión y uno anterior. En el de Deucalión —como cuenta la leyenda— éste navegó con su mujer Pirra en un arca, ante la destrucción del género humano llevada a cabo por Zeus, lo cual desencadenaría la desaparición de la Atenas primordial, la república ideal en el pensamiento platónico. Luego de este diluvio Zeus reparte la tierra a sus hijos, tocándole a Poseidón (Neptuno) el territorio de la Atlántida. A lo largo del tiempo, ésta también cae en estado de corrupción, por lo cual viene el castigo de la desaparición y hundimiento de esta tierra bajo las aguas que llevarán su nombre.

cultos, de modo que nacéis de nuevo, como niños, desde el principio, sin saber nada ni de vuestra ciudad ni de lo que ha sucedido entre vosotros durante épocas antiguas" (Platón, *Timeo*, 23a-b). Ante las afirmaciones del sacerdote egipcio en el diálogo platónico, ¿qué podemos decir sobre el alcance o relación entre las civilizaciones egipcia y mexicana, en tanto América es tradicionalmente concebida como la zona húmeda por excelencia, surcada por amplios ríos —como diría Fernández de Oviedo—, víctima principal de inundaciones y cataclismos? Si para el mundo occidental el diluvio ocultó la tierra durante 150 días, para esta América en boca de escritores y cronistas como Sarmiento de Gamboa hizo desaparecer parte del continente para siempre. La condena americana a una eterna infancia bajo el escrutinio de estas teorías atlánticas, no sólo sería la condena a *no saber*, a estar vetados del conocimiento de nuestra historia, sino que sería la condena a una constante reescritura de los límites de nuestras propias identidades a partir del relato de otras, a la mutabilidad del cataclismo que siempre nos exigiría creer que estamos recién comenzando una tarea de la cual sólo sabríamos que nunca podremos concluir. El glifo mesoamericano y su destrucción como sistema socio-significante, podríamos sugerir a la luz de los discursos referidos, sería el aborto temprano de esa tarea que ya había comenzado como perpetuación de una memoria colectiva de un pueblo.

Una cuarta y última visión en el papel de este breve trabajo se sirve basalmente de la experiencia del propio Sarmiento de Gamboa: la inconclusa *Nueva Atlántida* (1627) de Francis Bacon. En 1584 Sarmiento funda las dos primeras ciudades en el Estrecho de Magallanes que él bautiza como Nombre de Jesús y Rey don Felipe, con el fin de hacer a España dueña de los dos océanos y evitar las correrías de Drake que provocará importantes estragos al imperio español. Sarmiento vuelve a su patria a pedir ayuda para los colonos que muy pronto morirán casi todos de hambre, y, cercano a las Azores, cae prisionero por el famoso pirata Walter Raleigh, padeciendo prisión entre 1586 y 1590. Se cuenta que el navegante gallego dialogaba en latín con la reina Isabel (quien al parecer le tenía bastante simpatía por su erudición) sobre sus aventuras, leyendas e historias de Indias, narraciones que sirven a un atento cortesano Bacon —célebre integrante del auditorio— para entramar su obra utopista y postular otra mirada sobre el mito atlántico y su relación con las Indias Occidentales. En la obra baconiana tiene especial importancia el motivo de la memoria y el conocimiento en la isla de Bensalem, la nueva Atlántida o biblioteca del mundo. Tal como Solón, que llega a Egipto y es sorprendido por el saber del sacerdote, asimismo los navegantes náufragos que vienen de Perú, protagonistas del relato, son recibidos con las noticias de encontrarse en una nueva tierra absolutamente ignota y que no obstante guarda en sí la memoria perdida del mundo. Relata dicha memoria otro sacerdote, de una logia denominada Casa de Salomón, nombre que no sólo nos remite al poeta legislador bíblico, sino a un hecho puntual en las correrías de Sarmiento de Gamboa: éste, junto a Álvaro de Mendaña descubren unas islas que bautizan como Salomón en el Pacífico (Melanesia) en 1568, hecho que el navegante publica como breve relación de descubrimiento unos años más tarde. De esta manera el relato de *Nueva Atlántida* se asemeja bastante a la estructura que Platón le da al *Timeo* en un primer momento, y prosigue con la profundización del funcionamiento de Bensalem tal como el filósofo helénico lleva a cabo la profundización de la vida de los atlantes en el *Critias*. Cabe destacar el hecho en Bacon de asignarle a dicho continente de la Atlántida dos reinos principales, el de Coya y Tyrambel, siendo Perú y México respectivamente, los cuales habrían hecho grandes expediciones militares a Europa por el mar mediterráneo. Pero luego de estas ambiciosas empresas, especialmente la que buscaba invadir la isla de Bensalem, vino a la Atlántida un gran diluvio por su grave osadía. Es entonces cuando Bacon explica el porqué de la existencia, población y costumbres de sus actuales hombres americanos:

> En cuanto a los hombres, si bien en muchos lugares tenían edificios que no llegó a cubrir el agua, como esta inundación, aunque superficial, duró largo tiempo, los del valle que no se ahogaron perecieron por falta de comida y otras cosas necesarias. Así que no hay que maravillarse de la escasa población de América, ni de la rudeza e ignorancia del pueblo, pues hay que considerar a los habitantes de América como un pueblo joven, por lo menos mil años más joven que el resto del mundo, ya que tanto ha sido el tiempo transcurrido entre el diluvio universal y esta su inundación. Pues el resto de semilla humana que quedó en las montañas, pobló el país otra vez lentamente, y como era gente simples y salvajes (no como Noé y sus hijos que pertenecían a la familia más principal de la tierra), no pudieron dejar a la pos-

teridad escrituras, obras de arte, ni ningún indicio de civilización. ([1627] 1966: 249).

En la isla Atlántica no hubo elegidos para salvarse como ocurrió con la familia de Noé, sino que, como las bestias, los hombres se vieron obligados a huir hacia los montes. La imagen que nos presenta Bacon es demoledora e ideológicamente evidente. A ésta podemos comparar las imágenes que Platón contrasta entre la Atenas primordial y la Atlántida. Tal como para Platón esta última representó en un momento un ideal de perfección, comparable a la idealidad de la Atenas primordial, para Bacon dichos reinos también representan un modelo en el campo de la cultura, hasta la venganza divina que se produce cuando los atlantes desean conquistar a la Bensalem, bendecida por el apóstol Bartolomé que además hace entrega a los habitantes de la isla libros del Nuevo Testamento que aún no estaban escritos, junto con una carta que los convertía en el pueblo elegido por Dios (245)[8]. Es entonces cuando el diluvio hace sumergirse a la Atlántida como triunfo de la fe cristiana sobre estas dos decadentes civilizaciones de la gran isla. Los motivos de la decadencia atlántica y el castigo divino, son expuestos en el también inconcluso texto de Platón *Critias*. Allí los atlantes, pueblo de origen divino al ser hijos de Poseidón (o Neptuno, padre de los indios americanos en Sigüenza), al mezclarse con otras razas mortales se condenan al vicio y a la soberbia del poder que producen sus triunfos frente a otros pueblos. La mezcla constituye la caída, el mestizaje interracial los hace alejarse de la perfección original, doctrina que también se baraja en el *Timeo* como parte de la cosmología propuesta: el demiurgo mezcla dentro de un mismo recipiente en el que antes había mezclado el alma del universo, la materia; por lo tanto, el hombre adquiere una pureza de segundo grado, una suerte de mestizaje, cuestión que a nosotros como americanos nos resulta muy cercana. La constante degradación del hombre corrompido por dichas mezclas, da lugar a una filosofía de la historia que para Platón representará el devenir del ser en la decadencia y que será señalizada por diversos cataclismos parciales que preanuncian su destrucción.

[8] El apóstol Bartolomé se cree que pasó a las Indias y fue el primero que llevó el evangelio, olvidado por los indios debido a la ausencia de escritura. Quizás sea importante señalar acá que el motivo del olvido de la palabra divina como condena a la "imperfección", también la encontramos en otro diálogo de Platón como el Fedro.

Como reflexión final, podemos concluir que en Platón el mito de la Atlántida representaría un claro ejemplo del mestizaje como "barbarización". De esta manera resulta interesante el estudio de la obra de Bacon, en tanto configura la noción cristiana de castigo divino (aunque de manera distinta) en la destrucción de la Atlántida, la cual se mantiene en el imaginario ideológico que se genera de América, pudiendo ser rastreado como una verdadera genealogía de la infamia que recae en la existencia de los hombres de nuestro continente hasta nuestros días, actualmente bajo otras formas[9]. El "purificador" diluvio bíblico que actuaría en América como borrador de la memoria o la pérdida de la escritura como imposibilidad de defensa oficial de una tradición o cultura frente a otra que alcanza su máximo prestigio en la escritura como perpetuación milenaria de su historia, tienen en nuestro continente una especial resonancia a través del mito de un continente sumergido que realmente se "sumerge" por las estrategias de superposición violenta de las culturas europeas sobre las autóctonas desde el siglo XVI. La importancia de la Atlántida para nuestra historia continental quizás va más allá de ser un mero influjo clásico retórico-literario: también es un intento de apuntar la herencia indígena en tanto huella indeleble de una barbarie como castigo divino acusada en nuestro suelo, la pesada ancla que sentenciaría a la inmovilidad o a periódicos hundimientos a nuestra región.

[9] El estudio clásico que da cuenta de esta "genealogía" es, obviamente, el publicado por Antonello Gerbi (1960) bajo el título de *La disputa del nuevo mundo. Historia de una polémica* (1750-1900). México, Fondo de Cultura Económica.

Bibliografía

Acosta, Joseph de [1590] (1962). *Historia natural y moral de las Indias*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bacon, Francis [1627] (1966). *Nueva Atlántida*, en *Utopías del Renacimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.

Platón. *Timeo*, en *Diálogos VI. Filebo-Timeo-Critias* (1992). Madrid: Gredos.

Sarmiento de Gamboa, Pedro [1572] (1942). *Historia de los Incas*. Buenos Aires: Emecé.

Sigüenza y Góngora, Carlos de (1984). *Teatro de virtudes políticas que constituyen a un príncipe*, en: *Seis obras*. Caracas: Ayacucho.

Zavala, Silvio (1984). *Filosofía de la conquista*. México: Fondo de Cultura Económica.

Zea, Leopoldo (1969). *La filosofía americana como filosofía sin más*. México: Siglo XXI Editores.